LLUVIA

A Jacques Comincioli.

LOS ojos horadando la tarima, los labios
apurando los humos del tiempo más preciso;
las yemas de los dedos amortajando telas
de quietud, respirando.

Un aletazo rompe los cristales del viento,
Una libertad pura desde arriba se vuelca,
sorprendiendo los átomos en sus trajines cómplices,
asustando sustancias flotantes, derribando
carnavales del polvo.

Todo el verdor se tensa,
hay acaso un lejano recuerdo en estas plantas
de que fueron reptiles
(superficies vibrantes de tensas carnes verdes
con secretos malignos),
hoy verdes salvadores de inmóviles edenes.

La lluvia. Van cayendo hojas de nuestra carne,
hojas de nuestro libro más oculto, miramos
cómo las lleva el viento, se alejan casi vivas.
Van dejando desnudo el corazón, los ojos
van perdiendo en silencio sus ocultos paisajes.
Ya el esqueleto solo, un marfil de energía
fosforescente y única.
La huella de una mano clavada en la pared.

Darmstadt, septiembre de 1961.

ELENA ANDRÉS